

CRÍTICA CINE

Romance de un perdedor

“Loco corazón” muestra a un cantante de música country en decadencia y en busca del madero que logre salvarlo de su empeño autodestructivo. Es clave la actuación de Jeff Bridges, que le valió un Oscar en 2010

LOCO CORAZÓN



Dirección: Scott Cooper

Guión: S. C. y Thomas Cobb

Intérpretes: Jeff Bridges, Maggie Gyllenhaal, Robert Duvall, Collin Farrell

Salas: Showcase, Village, Sunstar, Monumental

Juan Aguzzi

El Ciudadano

Al modo de un western crepuscular, sólo que sin grandes panorámicas y planos generales, en todo caso más un film de encuadres que develan interioridad y encierro, *Loco corazón* cuenta la caída y redención de quien fuera alguna vez una estrella de música country que araña su sexta década entre vahos de alcohol y muy baja autoestima.

La película tiene una construcción convencional pero un acertado montaje, algunas posiciones de cámara adecuadas y la estatura actoral de Jeff Bridges –que se llevó el Oscar a mejor protagonista masculino por este trabajo en la última entrega– otorgan un lugar atendible en la línea de historias de perdedores, sobre todo en el contexto del hombre enfrentado a su soledad mientras deambula por el medio oeste norteamericano recordando al vaquero que supo conocer épocas mejores.

Basado en la primera novela de Thomas Cobb, quien se inspiró en el cantante Hank Thompson para componer el personaje de Bad Blake, que lleva adelante Bridges, *Loco corazón* cuenta con el legendario productor T. Bone Burnett, el guitarrista Stephen Bruton y el compositor Ryan Bigham –que también recibió un Oscar por “Weary Kind”, el tema central del film, figuras con verdadero predicamento en el universo country estadounidense. Todos estu-



Bridges presta suficiencia y virtuosos recursos a su personaje en franca caída.

vieron detrás de la banda sonora, que es el otro elemento que dinamiza la historia y donde se ponen de relieve las letras de las canciones –especialmente “Hold on you” y “Fallin’ & flyin’–, cargadas de demencia-les verdades acerca de quien acusa una pérdida tras otra.

Girando por esas rutas eternas que serpentean sobre valles y planicies desoladas, Bad Blake toca en bares y en salones de bowling de pueblos de mala muerte mientras su productor le avisa telefónicamente –confortablemente ubicado a miles de kilómetros– que ya no grabarán nuevos discos suyos y que mejor sería que volviera a componer algunas otras de esas grandes canciones que en el pasado lo llevaron a un lugar de reconocimiento. Pero Bad Blake no quiere ni saber y allí está con su fuer-

za autodestructiva en alza bebiendo whisky a raudales para calmar sus recuerdos y el saberse literalmente en la vía.

Aun perdiendo el hilo del discurso y vacilando, Blake despidió ironía al hablar de sus desilusiones y humillaciones y el camino hacia la soledad que eligió recorrer. Las letras de sus canciones también van en esa dirección y desarrollan un remedo de humildad en sus por momentos patéticas afirmaciones. Es que el músico pertenece al club de aquellos que difícilmente podrán apagar la herida interior y son siempre viciosos, cuando están aliviados y tienen algo de que disfrutar, o cuando están decididamente en la lona. Blake gime y ladra, pero quiere seguir bebiendo porque es lo único que mitiga el dolor.

En un recodo de su andar, recalca en San-

ta Fe y allí conocerá a una joven periodista –la encantadora Maggie Gyllenhaal– de la que quedará prendado y que le devolverá un poco su fe en las posibilidades del amor, aliviando su pesar a través de una exacta dosis de comprensión y cariño. Blake se anima algo más y puede entonces hablar de su glorioso pasado, de sus fracasos de pareja, del hijo que abandonó cuando era un niño. Es aquí justamente, en la relación con Jean, en su atención al pequeño hijo que ella tiene, en su gentileza para atender los razonamientos de la mujer y en la transmisión de las fallas en su experiencia de vida –entre guiños sensibles y vasos vacíos– donde *Loco corazón* alcanza algunos de los momentos más plenos, retratados con sensibilidad por Scott Cooper, un actor debutante en la dirección con esta adaptación a veces previsible pero honesta en sus intenciones.

Los otros buenos momentos de este film nada pretencioso están en la carnadura que Bridges le da a su personaje, con sus divagues y caídas de borracho consumado –su mirada obnubilada e implorante cada vez que vomita de rodillas sobre un inodoro es conmovedora–, con su incredulidad ante las puertas que el mundo parece cerrarle más a menudo, con sus descuidos fatales que pueden ocasionarle la pérdida del único afecto que siente cercano, con su temeraria decisión para intentar salir del infierno que le quema su integridad.

Bridges presta suficiencia y virtuosos recursos para darle a Bad Blake la impetuosa rebeldía de un niño perdido en la soledad asfixiante en esta historia orientada a describir el azaroso derrotero de esos músicos siempre segundones cuyos destinos están marcados por fatalidades de todo tipo, pero que encuentran en lo que hacen, en la composición y la poesía plena que consiguen en una canción que enumera los rincones de su alma herida, la única excusa para seguir respirando.

12ª EDICIÓN DEL FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE INDEPENDIENTE DE BUENOS AIRES / BAFICI

Un par de títulos de una grilla diversa y curiosa

Dos títulos sumamente interesantes, uno que se pudo ver ayer y otro que se verá hoy, integran la grilla del Festival de Cine Independiente de Buenos Aires / Bafici. El cineasta argentino Ernesto Baca, autor de obras experimentales como *Samoa* y *Música para astronautas*, presentó ayer su film *Vrindavana*, un documental de observación enteramente filmado en la India, que se sumerge con ojo despierto y plural en cada detalle de las celebraciones rituales que se desarrollan en esa región.

El título de *Vrindavana* fue tomado del nombre de una diminuta aldea ubicada al sur de Nueva Delhi, que más allá de su ubicación geográfica “es un lugar que representa un estado de conciencia en pleno movimiento”, según indicó el cineasta. “Filmamos el documental en unos lugares donde todavía los occidentales no han llegado.



El cineasta y escritor Ricardo Becher.

La intención era descubrir esos mundos que todavía nuestros ojos no han visto”, afirmó el cineasta.

El film que se verá hoy es el documental *Ricardo Becher, recta final*, de Tomás Lip-

got, que rescata la figura y la obra del cineasta y escritor Ricardo Becher, autor de films como *Tiro de gracia* y *Herencia*, y que a sus 79 años escribe una nueva novela recluso en un geriátrico porteño. Maestro y ejemplo de numerosos artistas y cineastas jóvenes, muchos de los cuales –y a pesar de la distancia generacional– formaron con él el movimiento “neoexpresionista” digital, Becher filmó en 2006 *El Gauchito Gil* y se dedicó por entero a la literatura, debutando con la novela *La séptima década*, editada por Sudamericana. Lipgot dijo en una entrevista que “el documental es un intento de rescatar el alma de Ricardo. Es bastante caótico e informe, con una estructura aleatoria, que también es parte del espíritu de Ricardo, que es no estar atado a ningún guión ni a ninguna estructura, sino tratar de captar un momento espontáneo”.

También hoy se verá *Yo, Duras...* un largometraje del rosarino Gustavo Galuppo en la sección dedicada al Found Footage. Del film, puede leerse en el catálogo del Bafici: “En la búsqueda del cruce entre lo íntimo personal y ajeno, la nueva película de Gustavo Galuppo toma como puntos de partida a la obra cinematográfica y literaria de Marguerite Duras, poniéndola en fuga a través de relaciones con otras películas e incluyendo registros caseros propios. Con una forma ensayística que genera su propio sistema de interconexión visual y conceptual entre materiales heterogéneos, *Yo, Duras...* no sólo se desliza en la brecha entre literatura y cine, sino que encuentra ecos entre las experiencias de la escritura y el montaje, un tópico que tuvo un gran desarrollo en la crítica francesa de la segunda posguerra, principalmente a través de André Bazin”.